



Hombre clave del centro-derecha en Cataluña

Ortíz: un cerebro que dice ser inocente

MANUEL CAMPO VIDAL

DE acuerdo, venga a verme. Les aseguro que soy menos importante de lo que ustedes dan a entender, pero si se empeñan...

A las cuatro de la tarde del día fijado una semana antes, hay que esperar unos minutos en el despacho, porque Manuel Ortíz Murt, consejero de Gobernación de la Generalitat, nombrado por sorpresa recientemente, está ocupado. A las cuatro y treinta y cinco llega Ortíz. Acaba de regresar de Madrid esa misma mañana. El trabajo se acumula sobre la mesa y espera ser llamado por Tarradellas de un momento a otro: es preciso iniciar la conversación a toda prisa.

—A un sector de la prensa parece que sólo le gusta hablar de las multinacionales. Es como una obsesión. Mire: a mí no me parece que sea ninguna lacra el ocupar la vicepresidencia de la Hispano Olivetti, ni tener un despacho de abogado con clientes de importancia. He llegado a poder elegir los clientes, pero nada

más. Yo soy sólo un profesional. Soy un pro-fe-sio-nal.

Mientras pronunciaba esa palabra a golpe de sílaba, ha sonado el teléfono. Tarradellas lo espera. Sale disparado del despacho, después de conceder media hora de paseo, que es el tiempo que calcula de reunión con el presidente de la Generalitat. Durante la espera llegan otros periodistas que buscan a otros consejeros. "¡Ah!, esperando a Ortíz, El Capitán". Cincuenta minutos después, "El Capitán" retoma el hilo:

—Pertenezco a la generación fracasada por culpa de la guerra y soy consciente de ello. Entonces yo era un niño, pero alcanzamos a ver lo que vimos y eso nos curó de la política. Tengo, simplemente, una vocación de servicio que puedo prestar a pleno rendimiento en la actualidad. No tengo hijos; no soy hombre de caprichos y eso limita mis necesidades de dinero... Y, desde luego, nada de tener una mansión en Madrid, como se dijo. Es un

piso de ciento setenta metros cuadrados en el Viso, nada más. He trabajado siempre para los demás e incluso gratis a veces. Yo he hecho ganar mucho dinero a otras personas. ¿Quiere saber lo que cobraba cuando era director general del Instituto de Moneda Extranjera?

El teléfono, a pesar de sus instrucciones, le interrumpe. Tarradellas quiere verlo de nuevo. Sale como una flecha imaginando que será cosa de cinco minutos y se pierde por el Patio de los Naranjos. De nuevo hay que esperar, ahora el encuentro casual es con un ex estudiante de Periodismo, actualmente funcionario de la Generalitat. "¡Ah!, Ortíz, el hombre del presidente".

Media hora después, "el hombre del presidente" regresa, da instrucciones a sus secretarías —auténticas murallas de la agenda del consejero al que todos quieren, pero no logran ver, consultar, entrevistar, pedir, ofrecerse, saber— y dice, convencido de que su invitación será acepta-

da: "Acompáñeme al Gobierno Civil". Por las escaleras enlaza con la frase que ha dejado colgada al sonar el teléfono, media hora antes.

—No crea que quiero hacerme el miserable, pero es que en este país en seguida piensa todo el mundo que se nada en la riqueza por tener un despacho profesional en Barcelona y Madrid al mismo tiempo.

En la plaza de San Jaime hay un coche negro esperando. Escuetamente le dice al conductor: "Al Gobierno Civil".

—¿Mi estrategia? ¿Mi proyecto para Cataluña? Yo no tengo estrategia, ni proyecto alguno, ni siquiera vengo a contrarrestar nada. Estoy aquí porque se ha solicitado mi colaboración y en realidad vengo a asegurar contactos con dirigentes de la Administración Central, para que el engranaje funcione. Las relaciones no pueden quedarse a nivel institucional. Después hay que concretar todo lo acordado y se necesita alguien que pueda ha-

blar de tú a tú con los altos cargos de la Administración para reducir rozamientos, para que la máquina funcione (...). Este es un país difícil y en buena parte se debe a que no hay profesionalidad. Es un desastre. Todo se hace a medias y medio mal. Y es preciso que el país funcione. Pero todo el mundo toca de oído, como simples aficionados, y nadie quiere invertir tiempo en aprender solfeo (...). Sí, claro que hay gente que toca bien. En la misma Generalitat, sin ir más lejos, hay un par de músicos excelentes. No desafinan casi nunca, casi nunca improvisan, pero ese rigor no es frecuente...

El coche ha entrado en el edificio del Gobierno Civil, mientras los nombres de los dos músicos de Conservatorio se escapaban por la ventanilla por expreso deseo de Ortíz. "Aquí venimos a veces, pero no nos movemos mucho. No crea. El señor Ortíz es hombre de palacio".

Suenan unos tímbrs en el patio del viejo caserón oficial; corren unos guardias civiles y otros policías de paisano, mientras un coche maniobra vertiginosamente, acercándose marcha atrás hasta la puerta de la alfombra descolorida. Sale Ferrer Penadés, el subgobernador, y se marcha. Al minuto suena de nuevo el timbre: nuevas carreras, nuevas maniobras, y sale Belloch, el gobernador, al que acompaña Ortíz. Son las ocho de la noche cuando el poder se marcha a su casa. Ortíz, por el que no ha sonado ningún timbre, a pesar de que su estilizad figura contenga probablemente más poder que la fortaleza del señor gobernador, viene hacia el coche.

—Sí, ya sé que se dice todo eso. Pero de momento aquí hay un Consejo de Unidad Nacional y después del Estatuto deberán celebrarse elecciones. Entonces veremos. La realidad es esa: la derecha no tiene líderes en Cataluña y le será difícil encontrarlos (resaca el mismo la lista que está en la mente de todos y los descalifica uno a uno sin crueldad, sólo pasándolos por el tamiz de la profesionalidad y de la capacidad). No hay nadie (...). ¿Yo? No, no en absoluto. Yo quiero servir a mi país y lo estoy haciendo: hay que levantar una infraestructura seria para que todo funcione, lo que antes se decía "hacer país", pero yo política no quiero hacer (...). Claro que hago aquí y ahora, pero es distinto. Usted sabe que estuve en el fondo de la operación retorno de Tarradellas y después me sentí obligado a continuar, pero este periodo terminará y ya no estaré entonces, se lo aseguro. No me presentaré a elecciones (...). No, eso no quiere decir de ningún

modo que el presidente Tarradellas vaya a presentarse.

El coche ha parado frente a la puerta del palacio de la Generalitat. Aparece el economista Bricall, secretario general de la institución. Saluda a Ortíz y le pregunta que cómo ha ido. Ortíz ríe, al tiempo que dice que bien, que muy bien. ¿Cómo no le va a ir bien con el gobernador si el gobernador sabe que Ortíz es amigo de los amos, de sus jefes de Madrid? Incluso, tal vez, crea también el gobernador que es el hombre de sus amos, de sus jefes de Madrid.

—Podéis estar convencidos de que no seguiré (...). Sí, eso precisamente es lo que me dice Joan Reventós, que no podré resistir las presiones de mis amigos, de la patronal, de todo el mundo, y que terminaré presentándome. Creo que esta posibilidad está muy alejada de mí. Después de las elecciones habrá Gobierno catalán de mayorías con la minoría en la oposición. Hará falta un hombre de unidad que pueda ser el presidente, y ese hombre no se ve todavía. Todo eso es verdad, pero yo no seré.

Por las escaleras insiste en disimular su importancia y por tercera vez niega su futuro político.

—Para ser político hay que llevar una vida trepidante, tener una salud de hierro, hacer magia. A mí esa vida no me gusta. Necesito ir a mi casa y comer patatas hervidas y no fabadas por los restaurantes para tener vitalidad suficiente y poder gritar. Ya me lo dijo Manolo Vázquez Montalbán un día: "¿Judías verdes? No haremos nada".

En el despacho del "hombre del presidente", del "Capitán", del "hombre de palacio", del "tapado", se oyen voces, seguramente de los que esperan, de las secretarías conteniendo a los que llaman, a los que quieren ser recibidos, los que quieren saber, ofrecerse... ¿Estarán todos confundidos, o bien Ortíz está empuñado en borrar pistas? ¿Por qué le perseguirán industriales, financieros, políticos, periodistas y profetas, si no se trata de un hombre clave para el futuro del centro-derecha en Cataluña? ¿Qué habrá hecho este hombre —o se esperará de él que haga— para que en la Moncloa, y quién sabe si en la Zarzuela o en Estoril, se empeñen en cesar a Raho-la para colocar a este catalán de cincuenta y siete años en su lugar? Tenaz, incansable, todavía en los últimos segundos de la accidentada entrevista se mantiene fiel a su convencimiento o a su papel tal vez.

—Haga un artículo pequeño, discreto. De verdad que yo no soy tan importantes. (Foto: PERE MONES.)



Una nueva propuesta sobre la Edificación

Protagonista, el usuario

El Colegio Nacional de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos acaba de publicar una **Declaración sobre la Edificación**, que viene a ser una respuesta —o, si se prefiere, una alternativa— al Libro Blanco elaborado sobre la misma cuestión por la Dirección General de Arquitectura y Vivienda, con el que —según se afirma en el preámbulo— "nuestro Colegio se encuentra en profundo desacuerdo".

Esta declaración, que se condensa en quince páginas casi sinópticas, sienta los principios y enuncia los fines a los que la tarea de la edificación debe servir en toda sociedad bien organizada. "El fin social y el más importante objetivo de la edificación —dice— es dar satisfacción a unas necesidades humanas de cobijo y bienestar y, en consecuencia, el sujeto fundamental a cuyo servicio debe estar todo el proceso edificatorio es el usuario".

De este "principio y fundamento", casi ignaciano, así como del hecho de que la edificación sea también "testimonio de las formas de vida y cultura de una época" y, por lo mismo, "parte del legado que ofrecemos a las sucesivas generaciones", derivan importantes corolarios. El primero será la necesidad de que la Administración, al estar al servicio de la sociedad, oriente todas sus actividades específicas hacia "la consecución de los fines fundamentales de la edificación". Y el segundo, una serie de derechos a que, en virtud de un proceso lógico —y ético— se hace acreedor el usuario. Tal proceso, desarrollado por el documento con impecable rigor, nos conduce a la necesidad de que "el usuario ocupe su puesto de protagonismo fundamental en el proceso de la edificación".

Las líneas de actuación que el Documento propone son:

- 1 Exigir que en toda edificación haya un documento que defina exactamente cómo ha sido construida, que este documento se incorpore al contrato de compraventa y que, como tal, esté a disposición del usuario.
- 2 Promover la creación del seguro de la edificación al usuario que, en una primera etapa, podría ser libre, para que a medio plazo sea obligatorio, pasando por etapas intermedias.
- 3 Tomar las medidas necesarias para clarificar y simplificar al máximo la tramitación de licencias para construir, para lo cual es imprescindible que la Administración dedique lo mejor de sus esfuerzos a conseguir una ordenación del suelo definida, sin ambigüedades, y que se dote a los Ayuntamientos de los equipos técnicos necesarios para que puedan cumplir con rapidez y eficacia su función.
- 4 Desarrollar una política realista de calidad en la edificación, dando normas de calidad y exigiendo su control.
- 5 Promover la formación profesional de carácter voluntario a todos los niveles, legislando su derecho y haciéndola viable.
- 6 Hacer posibles las colaboraciones profesionales y fomentar su extensión de acuerdo con las experiencias en otros países, asignando a cada profesional la responsabilidad del trabajo por él realizado.
- 7 Promover la incorporación y ocupación racional por el sector de importantes recursos humanos, actualmente improductivos, utilizando la política de calidad en la edificación como un instrumento eficazísimo en la lucha contra la actual situación de desempleo profesional. ■